

palmente entre el gobierno de Gran Bretaña y los financieros de Estados Unidos, por lo que tampoco explica claramente el elevado protagonismo que tuvieron los financieros de este país en su gestión desde la Conferencia de París de 1919, en la elaboración del Plan Dawes (1924), o en los nuevos conflictos que aparecieron seguidamente sobre la viabilidad de estos acuerdos, hasta su moratoria indefinida y la ley Johnson de 1934. Asimismo, y con respecto al nuevo patrón oro que se instauró a mediados de la década de 1920, el autor pone mucho énfasis en que su inestabilidad estuvo asociada a la escasez de aquel metal, pero olvida otras cuestiones más importantes. Por ejemplo, que ya antes de la guerra el oro no llegaba ni tan siquiera a representar el 7% de la oferta monetaria total en las 4 economías que toma como referencia de su exposición, y que los problemas de aquel nuevo modelo de tipos de cambio fijos estuvieron sobre todo asociados con 2 circunstancias, esto es, con las nuevas estructuras de créditos y deudas internacionales basadas en dólares, que generó la Primera Guerra Mundial, y con las dificultades para diseñar un nuevo circuito internacional de cobros y pagos basado en aquella divisa, compatible con la política exterior de Estados Unidos. Es decir, con una política orientada a fomentar a la vez la expansión de su sector financiero y las exportaciones, y a proteger al mismo tiempo el mercado interior con elevados aranceles. El sorprendente desconocimiento del autor sobre estos otros aspectos de la historia económica mundial le hace caer, además, en un grave error, cuando afirma (pág. 483) que la hegemonía financiera de la City antes de 1914 fue consecuencia del elevado superávit de su balanza comercial. Como es bien conocido, esta balanza fue cada vez más deficitaria desde mediados del siglo XIX, y fueron sobre todo los ingresos del exterior que obtenía el país en concepto de impuestos coloniales, fletes y primas de seguros, y, muy especialmente, en forma de intereses y dividendos, los que permitieron la continuada expansión de las inversiones exteriores de la City y que la libra fuera, en consecuencia, la divisa de referencia.

Por último, el tratamiento que hace Ahamed de la burbuja especulativa en la Bolsa de Nueva York entre 1927 y 1928, y la posterior

transmisión de la crisis financiera a la economía real, también es muy parcial, porque el autor no considera las deficiencias estructurales del sector financiero de Estados Unidos ni las prácticas que fueron posibles debido a su escasa regulación; ni, tampoco, las diversas circunstancias que favorecieron el creciente distanciamiento entre salarios y productividad del trabajo durante la década de 1920. Ahamed tampoco utiliza de forma conveniente los resultados a que llegó la Comisión Pecora, creada en tiempos de H. Hoover para conocer las causas de la crisis bancaria de la década de 1930.

Desde una perspectiva más general, para terminar, aunque los «señores de las finanzas» que elige Ahamed como referencia de su exposición fueron sin duda destacados protagonistas de la historia financiera del período de entreguerras, ¿fueron siempre y en todos los casos los verdaderos «señores», o fueron más bien sus representantes? Como el mismo Ahamed muestra, los bancos centrales que dirigían aquellos dirigentes financieros eran bancos privados por acciones, muy independientes, además, de sus respectivos gobiernos, y entre sus accionistas se encontraban financieros muy destacados, como es el caso de J.P. Morgan en el de Estados Unidos. En definitiva, aunque las vicisitudes y opciones personales de los protagonistas que Ahamed elige como hilo conductor de su historia proporcionan sin duda nuevas perspectivas de análisis del período de entreguerras, el lector no debería sobrevalorar su incidencia ni pensar que sus acciones eran simplemente resultado de opciones personales, condicionadas únicamente por sus alternativas políticas y su formación intelectual. El libro de Liaquat Ahamed es, pues, recomendable, sobre todo por las detalladas y novedosas informaciones que proporciona, pero el lector debe acercarse al libro con actitud crítica y, sobre todo, no dejarse influir por los numerosos premios y buenas reseñas que ha recibido, aunque uno de los premios haya sido el Pulitzer de 2010.

Josep Pujol Andreu

Universitat Autònoma de Barcelona, Barcelona, España

<http://dx.doi.org/10.1016/j.ihe.2012.04.009>

Bernardo Bátiz-Lazo, J. Carles Maixé-Altés y Paul Thomes (Eds.): *Technological Innovation in Retail Finance. International Historical Perspectives*. Nueva York, Routledge, 2011, 319 págs.

Tras los trabajos seminales de Chandler y Cortada, otros muchos han ido ampliando el análisis del proceso de introducción de las nuevas tecnologías en el sistema financiero. Hacía falta reunir esos esfuerzos y presentarlos de forma conjunta y coherente, y esto es precisamente lo que logra este volumen, que supone una aportación importante a esta interesante línea de investigación. La obra analiza el proceso de mecanización e informatización del sector financiero minorista en Europa y Norteamérica durante el siglo XX a través del estudio de una variada gama de instituciones. Se estructura en 3 grandes partes según los tipos de instituciones, además de incluir una introducción y una conclusión. En el capítulo introductorio los editores sostienen que los intermediarios financieros no se limitaron a adoptar unas tecnologías dadas, sino que contribuyeron significativamente a desarrollar aplicaciones tecnológicas, tanto de propósito general como más específicamente financieras. La adopción de esas tecnologías tuvo, además, profundas implicaciones económicas, empresariales y sociales.

La parte sobre la «Digitalización de los bancos comerciales» (capítulos 2 al 5) la abre un trabajo de Hubert Bonin que traza las grandes líneas de la «prehistoria» de la mecanización de la gestión bancaria desde principios del siglo XX hasta la década de 1950,

con especial atención al caso francés. El aumento del tamaño de los bancos hizo necesaria la mecanización, que se inició en Estados Unidos, se difundió por Europa, sobre todo a partir de la Primera Guerra Mundial, y fue pareja al proceso de «racionalización». Todo ello llevó a cambios drásticos en la organización de los bancos. Ian Martin cuenta la génesis de la primera central informática de la banca británica, instalada por Barclays en 1961, la cual supuso un avance notable en el tratamiento de la información y en la organización del banco, aunque creó algunas rigideces. Barclays aprovechó la instalación de este centro para promocionar una imagen de banco innovador. Joakim Appelquist presenta un estudio del cambio tecnológico y organizativo de la banca sueca desde 1975 a 2003. Entre 1975 y 1986, la adopción de sistemas informáticos centralizados mecanizó muchas tareas y mantuvo una organización de tipo taylorista. Los años 1986-1995 se caracterizaron por la difusión del ordenador personal, lo que generó una organización más descentralizada. Supuso el cambio hacia una organización postaylorista, que provocó un aumento de la cualificación del trabajo y una caída del empleo. La introducción de Internet, 1995-2003, llevó a la oferta de nuevos productos y servicios y a una mayor especialización del trabajo. Gustavo A. del Ángel muestra cómo el proceso de digitalización de los 2 grandes bancos comerciales mexicanos –Banamex y Bancomer– entre 1965 y 1990 dependió mucho de las iniciales estrategias de inversión. La expansión demográfica y económica de México a partir de los años cuarenta llevó a los bancos a mecanizarse, iniciando la informatización a partir de los sesenta. La gran

extensión del país y las deficientes infraestructuras de comunicaciones determinaron la regionalización de ambos bancos, lo que dificultó la modernización tecnológica y la interconexión de servicios, problema que no se resolvería hasta los años noventa.

La parte siguiente –«Digitalización de la banca estatal, cajas de ahorros y cooperativas» (capítulos 6 al 9)– se inicia con un trabajo de Paul Thomes sobre el proceso de digitalización de las 2 principales cajas de ahorros alemanas entre 1900 y 1970. Según el autor, el adelanto y peculiaridad del proceso de mecanización de la banca alemana se debió a 3 factores: el liderazgo de las cajas de ahorros en el sistema financiero, la antigua tradición alemana en el uso del giro bancario, y los elevados costes laborales del país. Bernardo Bätzlazo y J. Carles Maixé-Altés presentan un estudio comparado de los efectos de la informatización en la organización de las cajas de ahorros británicas y españolas, iniciada con retraso respecto a otras instituciones financieras. En el caso español, las nuevas tecnologías llevaron a una clara mejora organizativa, facilitada por un fuerte asociacionismo entre las cajas. En cambio, en el británico, la digitalización se orientó más al logro de economías de escala, sin que provocara importantes cambios organizativos. El resultado fue que en España las cajas de ahorros fueron cobrando un creciente protagonismo en el sector, mientras que en Gran Bretaña acabaron fusionándose en 1986 y convirtiéndose de hecho en bancos comerciales. Alan Booth y Mark Billings analizan la creación del servicio nacional de giro postal en el Reino Unido. Como sucedió en otros países, el Estado británico se implicó en el apoyo a la industria nacional (neomercantilismo del siglo xx), especialmente la de alta tecnología («tecnonacionalismo»). La creación del servicio nacional de giro obedeció a 2 motivaciones: ofrecer un sistema de transferencia de dinero a nivel nacional alternativo al de la banca privada, y ayudar al desarrollo de los fabricantes nacionales de ordenadores a través de las compras gubernamentales. Aunque estas fueron importantes, no pudieron evitar que las compañías estadounidenses siguieran incrementando su cuota de mercado. Además, el *National Giro* fue privatizado en 1990 sin haber logrado la brillante ejecutoria pensada por los tecnonacionalistas. Joke Mooij presenta el exitoso caso de Rabobank. Siguiendo la estela de Raiffeisen, las cooperativas de crédito agrícola surgieron en los Países Bajos a finales del siglo xix y llegaron a superar el millar en la segunda década del xx. Aunque cada cooperativa era independiente y actuaba localmente, se asociaron en 2 grupos para crear sendos bancos centrales, que actuaban como bancos de bancos y como supervisores de las cooperativas locales. Los 2 acabaron fusionándose en 1972 para crear Rabobank, que se convirtió en el principal y más innovador banco del país sin perder su carácter cooperativo. Durante los 2 primeros tercios del siglo xx, las cooperativas mecanizaron poco su gestión debido a su pequeño tamaño. Cuando la digitalización se hizo necesaria, los 2 bancos centrales instalaron servicios informáticos centralizados, pero en 1977 Rabobank decidió descentralizar la digitalización, estrategia acertada que favoreció la innovación tanto técnica como en el servicio al cliente.

La última parte incluye 3 trabajos sobre «Aspectos socio-históricos de la digitalización» (capítulos 10 al 12). Juan Pablo Pardo-Guerra estudia el proceso de digitalización de la Bolsa de Londres entre 1955 y 1990, mostrando que las tecnologías no son

un simple input externo, sino que requieren una adaptación a las necesidades del servicio y una relación estrecha entre cliente y fabricante, que la digitalización cambió profundamente la organización de las instituciones, y que el cambio tecnológico no es un proceso lineal, sino producto de muchas variables que lo hacen impredecible. Martha Poon analiza la invención y desarrollo del primer sistema computacional de cálculo del riesgo de impago («scorecard»), ideado por la firma californiana Fair Isaac en 1957. La observación de los métodos «manuales» de evaluación del riesgo en las instituciones financieras llevó a la firma a idear un algoritmo estadístico y un mecanismo digital para facilitar ese proceso. Esta interesante historia muestra cómo los sistemas organizativos influyen en el diseño y desarrollo gradual de la tecnología, que a su vez genera cambios organizativos. David Stearns cierra esta parte con la apasionante historia de los orígenes del sistema electrónico de pago conocido como VISA. La primera tarjeta de crédito bancaria de éxito fue la BankAmericard, creada en 1958 por el Bank of America. Por problemas operacionales y organizativos, el sistema se situó al borde del colapso en 1968. Entonces, los bancos participantes crearon un comité dirigido por Dee Ward Hock, que advirtió que la clave estaba en pasar de la organización jerárquica y rígida dirigida por Bank of America a una organización que calificó de «chaordic», una mezcla entre caos y orden, único modo de que una red de bancos que competían entre sí pudieran ponerse de acuerdo. Nació así en 1970 una nueva corporación llamada National BankAmericard Inc., VISA desde 1976. Posteriormente se creó un sistema electrónico de autorización y de compensación, que hizo de VISA una organización fiable y eficaz que la llevó al éxito.

En el último capítulo, Lars Heide describe las 3 grandes etapas en la evolución de la mecanización del sector financiero a lo largo del siglo xx –máquinas de teclado; tecnologías para procesar lotes de datos; ordenadores e Internet– y da una visión general de la dinámica de dicha mecanización y su relación con los cambios organizativos y laborales en el sector a partir de las aportaciones del libro.

El extraordinario nivel de desarrollo del sistema financiero que hoy conocemos y disfrutamos habría sido impensable sin las tecnologías de procesado y transferencia de información. Pero el camino ha sido largo, complicado e influido por variables económicas, sociales, institucionales y tecnológicas, y por personas que en momentos determinados supieron ver soluciones que nadie podía imaginar. La variedad de enfoques, amplitud geográfica y tipos de instituciones presentados en los 13 capítulos de este volumen, elaborados por un competente grupo de especialistas, muestra la enorme riqueza de un proceso histórico que es necesario conocer para comprender el profundo y amplio efecto de las nuevas tecnologías de la información en la economía, la empresa y la sociedad. Por ello, el libro es de gran interés no solo para los especialistas en historia financiera, empresarial y de la técnica, sino para cualquiera que desee comprender hasta qué punto la tecnología digital ha sido capaz de configurar muchos aspectos de la sociedad actual.

José María Ortiz-Villajos

Universidad Complutense de Madrid, Madrid, España

<http://dx.doi.org/10.1016/j.ihe.2012.04.010>